

D o s r e c o r r i d o s a p a r t i r d e l m i s m o g a t o

Hace dieciocho años que estoy tratando de entender por qué tengo un gato metido adentro de mi casa. Me acuerdo que lo trajeron mis hijos cuando eran niños, con la condición de que ellos, únicamente ellos, se ocuparían de cuidarlo, darle de comer, limpiar su bañito. Jamás cumplieron. Después mis hijos crecieron, se fueron casando, dejaron de vivir en casa. El que se quedó fue el gato. Mi esposa. Y yo. Mi misión en la vida es darle de comer, mantenerle aseado el lugar de sus necesidades, rascarle suavemente la crisma y restregarle con el dorso de la mano la papada.

Pero en realidad me resisto a su presencia en casa. Por qué lo sigo teniendo no sé. No me hubiera costado nada regalárselo a alguien o darle un empujoncito distraído cuando se pasea por el pretil del piso 12 donde él y yo vivimos. Sin embargo lo conservé y recién hoy vine a descubrir la razón de mi tolerancia para con el bicho ése. Que para peor, si bien tiene 18 años, se conserva con los bríos de un jovencito. Ningún signo de declinación, que me permitiese alentar alguna esperanza de liberarme en un plazo más o menos corto.

A decir verdad, todavía no pude determinar si lo quiero o lo detesto. Los gatos son como ciertos dirigentes políticos: hay quienes los veneran y quienes los odian. Sin términos medios. A los gatos también: o se los ama o se los rechaza. El único término medio que conozco soy yo. Justo yo. (En materia de gatos, aclaro; no de dirigentes políticos). Sé que el día que me falte el gato, voy a dar un enorme suspiro de alivio y hasta quizás organice algún festejo en mi casa liberada. Pero sé que lo voy a extrañar hasta las lágrimas.

Con los pueblos pasó en cierto modo lo mismo: hubo culturas que veneraron a los gatos y otras que los despreciaron.

Entre los que llegaron a la veneración extrema, se cuentan los egipcios, para quienes el gato era un símbolo de lo divino. El que matara un gato, era condenado a la pena capital. Cuentan que cuando moría un gato en el seno de una familia, todos sus miembros tenían la obligación de afeitarse las cejas en señal de duelo. (Quién sabe si no apareceré un día con las cejas afeitadas).

Cuando tengo que limpiarle el bañito a mi gato, trato de aplacar mis instintos asesinos recitando en voz alta la siguiente oración que se encontró en una columna egipcia del siglo IV A.C.: "¡Oh gato sagrado! tu cabeza es la cabeza del dios del sol. Tu nariz es la nariz de Toth, señor dos veces grande. Tus orejas son las orejas de Osiris. Tu boca es la boca del dios Atmú, señor de la Vida. Tu corazón es...", y por ahí sigue, describiendo al animal parte por parte. Menos las que me tenían ocupado en ese momento en el bañito.

En el otro extremo de la escala, encontramos al pueblo español, que despreció como nadie al gato. Así lo revelan innumerables refranes y dichos en los que aparecen siempre los gatos en posición por demás desairada o nada distinguida. El español fue el que inventó lo de "es un pobre gato", "eran cuatro gatos locos", y tantos más; y cometer una "gatada" es, según el diccionario, incurrir en una "acción vituperable, en que median astucia, engaño y simulación". Más lejos de cualquier sacralidad, imposible.

Pues bien: entre el extremo egipcio y el extremo español, ¿dónde me ubico yo? Me parece que en ninguno de los dos. Pero reconozco que, sin endiosar al gato al modo egipcio ni mucho menos, algo fuera de lo común vislumbro en él. Le veo como un halo sutil de sobrenaturalidad. O de "otredad". Estoy convencido de que mantiene contactos imprecisables con cosas que no alcanzamos.

Por eso sobrecoge su cercanía. Me traslada a otra dimensión que no domino. Mentira que sea un bicho doméstico, integrado a nuestra vida de todos los días, como lo hace el craso perro. Al gato lo veo más bien como un mensajero. O como un visitante. Es una presencia que jamás nos lo dice todo, como hace el transparente perro. El gato siempre se reserva algo. No sabemos de dónde viene y qué es. Pero lo malo es que nos obliga a preguntarnos de dónde venimos nosotros. Y qué somos. Por eso es difícil perdonarle al gato su temible impertinencia, escondida tras su silencio sedoso e indiscreto.

Por dos veces, cuando menos, mi gato viejísimo provocó en mí una búsqueda en direcciones impensadas, me lanzó a recorridos mentales que sin él tal vez nunca hubiera emprendido. Una razón más para pensar que somos incompatibles. Discordes hasta el crimen.

Un día yo estaba sentado por ahí, en mi casa, y el gato, como siempre, me andaba cerca. De repente lo miro, y observo que tiene los ojos clavados fijamente en un punto delante de él. Era evidente que estaba interesadísimo en lo que veía allí. Tenía puesta en ese lugar toda su atención. "¿Qué estará mirando?", me pregunté. Sigo la dirección de sus ojos y compruebo que no había absolutamente nada. Me quedé sorprendido, pero esa primera vez no le di al hecho ninguna importancia.

Pasa un tiempo, y otra vez me encuentro al gato mirando atentamente a un punto fijo, esta vez en el techo. Pero compruebo que tampoco allí hay nada de particular. Ahora sí la actitud del gato empieza a intrigarme.

Hasta que ocurre lo mismo una tercera vez. Y ahora no me queda duda posible: es evidente que el gato mira **viendo**. Quiero decir que no es mirar distraído, impreciso. Es un mirar distinguiendo algo muy definido que tiene delante de él. Sin embargo, allí no hay nada. ¿Cómo entenderlo?

No me creo nada original por lo que a mí se me ocurrió; se le hubiera ocurrido a cualquiera, supongo. Pensé, sencillamente, que el gato debía estar viendo algo que nosotros los humanos no podemos. Tal vez -me dije- sus órganos de percepción de lo externo son muy diferentes de los nuestros, y entonces el mundo le revela realidades que a nosotros no nos llegan.

Por cierto que esta idea no tiene nada de novedosa. La encontré más de una vez en mis lecturas de temas zoológicos: el mundo que percibe la hormiga es muy diferente al que ve el pájaro, y el pez, y el rinoceronte, y el mono, y la mosca. Porque al poseer órganos de percepción muy diferentes, la imagen resultante también difiere.

Puedo suponer, en consecuencia, que cuando este gato mío mira con semejante fijeza, está viendo algo que ningún humano puede ver, pero que está ahí, en el mismo ámbito que nosotros. La idea no dejó de inquietarme: habría en nuestra cercanía presencias que no detectamos. Y esto nada tiene que ver con espíritus, fantasmas, aparecidos o presencias sobrenaturales. Al contrario: serían presencias naturalísimas, sólo que escaparían a la capacidad de nuestros sentidos.

Pero si hubiera cerca de mí una hormiga, en lugar de un gato, ella estaría percibiendo cosas que ni el gato ni yo percibimos. Y si tuviera un rinoceronte en mi living, por poco aconsejable que esto sea, esta fiera percibiría otras facetas de ese ambiente, que ni yo, ni el gato, ni la

hormiga podríamos percibir. Y así sucesivamente.

Conclusión que me vi obligado a extraer, y que es en ciencia muy manida: hay tantos universos como ojos que lo miran; y deben tener bastante poco que ver entre sí. O para decirlo con mayor exactitud: puede que haya un único universo, pero entonces ha de ser de tal complejidad, abarcará tantos aspectos variados, tantos planos diferentes, que ningún observador -animal o humano- es capaz de abarcarlo entero, y cada cual verá del universo el retacito que sus sentidos le permiten registrar. Todo lo demás se le pierde.

De esta manera, mi muy querido gato acababa de dejarme una soberbia lección de óptica filosófica -diría- y a la vez de humildad. Yo vivía convencido, como ingenuo que soy, de que el mundo era tal cual lo veían mis ojos. Aquí una silla, allí una portátil, más allá un cenicero, una cortina, una alfombra, ¡qué duda podía haber!

Ahora sabía que la hay, sí. ¿Estaremos el gato y yo solos en este ambiente? ¿o habrá otras realidades -seres, cosas-, además de las que veo; realidades que ni siquiera me es dado imaginar? ¡Seres, cosas! Sobre todo seres. Yo les declaro mi emoción y mi entusiasmo ante la idea -que deduje del gato- de que a lo mejor convivimos con presencias que somos incapaces de percibir. Es una sensación excitante la de tener vecindades otras realidades, que jamás vimos ni imaginamos. ¿Cómo serán? ¿Se moverán? ¿Estarán quietas? ¿Se comunicarán entre sí? ¿Influirán de algún modo en nuestros actos?

Este primer recorrido mental, que no me parece para nada desdeñable, me lo trajo el gato con sólo mirar fijamente lo que yo no veía. Me hizo saberme humilde ante el universo, me hizo sentir acompañado, alimentado por misterios inquietantemente cercanos.

Pero un día me llevó todavía más lejos, me obligó a un segundo recorrido aún más removedor. Lo vi lamerse la pelambre negrísima y brillante, enderezar un poco sus bigotes blancos, dar unos pasos, volverse para mirarme, y me pareció talmente que me preguntaba: "¿Vos sabés para qué sirve un gato?"

¡Las veces que habré mirado a mi gato en los dieciocho años que lo tengo conmigo! Pero ese día lo miré de un modo diferente. Estoy seguro de que fue él quien me indujo a que lo contemplara en otra dimensión. Fue curioso: me pareció de repente que era como una obra de ingeniería. Le miré los ojos esmeraldados y luminosos que tiene, pero en lugar de ponerme estético y admirar esa maravilla, como tantas veces, me dio por exclamar: "¡Qué refinado aparato de óptica!" Y me detuve en sus largos bigotes, que son órganos tan sutiles de sensibilidad; y en las complejidades del hocico, de las fauces, de los dientes, de la lengua; y en sus prodigiosos mecanismos musculares, que le permiten una agilidad que es casi un vuelo; y en el cerebro visto como un complicadísimo órgano de comando; y el corazón, y los pulmones, y... todo lo demás que cada día me obliga ¡a mí! a tenerle limpio su bañito.

Y entonces me pregunté (o él me mandó que me preguntara): ¿pero para qué tanta complicación, tanto refinamiento de mecánica, tanto ajuste en las funciones, tanta coordinación de todos los rodajes? ¿Por qué la naturaleza, Dios o lo que sea, se gastó tanto para crear esta maquinaria de tamaño complejidad? ¿Para qué tanto alarde, tanto cuidado, tanta fantasía creadora? Porque después de todo: ¡esforzarse tanto para que al final el resultado sea un mero gato! ¿Para qué sirve un gato como para justificar tanto esmero?

La pregunta es más que procedente, pero habría que ampliarla a tantas otras cosas: ¿para qué sirve la nube? ¿Y para qué sirve un planeta? ¿y para qué la arena? ¿y el sonido? ¿y el viento? ¿y la sombra de una hoja de árbol?

Descontada la suprema ingenuidad de los que suponen -y los hay- que las cosas están puestas en el mundo para beneficio y provecho del hombre, otra respuesta podría ser que

todas las cosas sirven para que el universo en su conjunto funcione.

Falsa respuesta. Porque nos obliga, entonces, a trasladar la pregunta: ¿para qué sirve el universo? Y estamos en las mismas.

Lo que sí pensaríamos -volviendo al gato- es que tiene que servir para algo de la mayor importancia, desde que su "fabricante" aplicó tal esmero en obtener un dispositivo de tamaño complejidad.

Sin embargo, bien poquitas cosas le vemos hacer al gato al cabo del día: dormir, comer, sentarse como una estatua, rascarse, lamerse, ir a su bañito para darme trabajo a mí. ¿Y para todo esto, tanto alarde de refinada ingeniería?

Fue entonces que se me presentó una idea nueva en la cabeza (él me la transmitió, seguramente): en realidad, lo que está haciendo el gato no son todos esos pequeños actos, sino algo de una portentosa sencillez: el gato está **siendo**. Todos esos actos que cumple al cabo del día, los cumple para ser, ni más ni menos. Todo ese formidable aparato de ingeniería le fue puesto con el fin de que realizara su ser, únicamente.

Y lo mismo le pasa a la nube: sirve para ser nube; y el planeta sirve para ser planeta; y la arena sirve para ser arena; y el sonido sirve para ser sonido. Y así venimos a concluir en que **ser** parece lo más importante de todo, la acción magna, la más trascendente que podamos imaginar. Se explica, ahora, que la naturaleza, Dios o quien sea, se haya gastado tanto en fabricar este gato y en ponerle rodajes tan sofisticados: había que hacerlo así para que cumpliera esa acción evidentemente suprema.

Y esta conclusión, si la aceptamos realmente, nos lleva a poner todo patas arriba. Admitir que lo más importante del mundo es ser, como me indicó mi gato, implica una revolución completa del vivir.

Cuando, casi siempre en la adolescencia, nos llega el momento de decidir el rumbo a imprimirle a nuestra existencia, nuestra preocupación es siempre qué vamos a **hacer**. Nos ponemos por delante todo un repertorio de **haceres** posibles, y elegimos: o hago música, o hago abogacía, o medicina, o comercio, o contrabando, o periodismo radial, etc. De otro modo: elegimos el **hacer** o los **haceres** que más nos atraen o nos convienen, y con ellos nos lanzamos a navegar lo mejor que podamos.

Esto se podría formular de otra manera: utilizamos el **ser** para **hacer** cosas. El ser nos viene a servir para que hagamos algo. En suma: se trata de **ser** para **hacer**. Y ésta es la fórmula que habitualmente aplicamos: el ser supeditado al hacer.

Pero ahora damos vuelta por completo este planteo, y decimos: "no, no, lo más importante es **ser**; la finalidad última de toda criatura es ser. Ser lo que se es, lo que se está llamado a ser. El gato ser gato, el hombre ser hombre".

Es que si nos ponemos a pensar: ¿puede haber algo más importante que ser? Por lo pronto, de ser depende todo lo demás. Es el cimiento que sostiene todo el edificio, el basamento último: por debajo no hay más nada. Cualquier hacer que imaginemos, presupone el ser. Es "la acción" magna, el acontecer supremo que protagonizamos. Se trata, ahora, de **hacer** para **ser**.

Desde que entendí esto -gracias a que mi gato me lo sopló- cambió por completo mi vida. Ya no busco "hacer" esto o aquello. Ahora estoy implantado exactamente al revés: lo que busco ahora es ser. Ser hombre, ser éste que soy, y serlo con la mayor plenitud de que pueda ser capaz.

Y me digo: si para ser hombre pleno me sirven mis haceres vocacionales, pues entonces seguiré usando estos haceres para mi mejor ser. Pero si un día ya no me aportan nada en mi propósito de ser, pues quedarán a un lado sin el menor drama de mi parte. Es que hay veces en que se descubre que una conversación simple, o un acto de conocimiento, o un quedarse mirando algo, cooperan más a nuestra plenitud y nos colman más con la vivencia de ser, que

ciertos logros de la vocación.

Esto también lo aprendí de mi gato: el gato tiene sólo vocación de gato. Y se aplica a ser gato con sencillez, sin alharacas, pero con persistencia ejemplar. Su vocación es ser el que es. Magnífica lección que me ha dado, y que nos cambia enteros.

Yo creo que entre mi viejísimo gato y yo se ha establecido una corriente oscura de comunicación y de entendimiento, que no se formula con palabras ni adopta formas que se puedan explicar. El, de esa manera secreta, me ha ido transmitiendo su saber, me ha permitido entender cosas, me ha abierto los ojos para que viera claras otras. Lo siento como un puente hacia un trasmundo que me alimenta. Un mensajero, dije al principio. Sí, que me pasa mensajes que provienen de otro reino del que es intermediario, porque yo, por mí mismo, jamás tendría acceso a él.

Por eso, y a pesar del trabajo que me da cada día, no le doy ese empujoncito distraído que me sería tan fácil, cuando se pone a caminar por el pretil del piso 12. Porque ¿qué haría sin él? Me quedaría sin subterráneos que me conecten con lo secreto, con lo oscuro.

El otro día me enteré de que los gatos pueden llegar a vivir veintiún años. Me aterró: ¡tres años más limpiando su bañito! Puedo llegar a volverme sabio.